



## Para los que no tienen esperanza (II)

por  
ANTONIO INIESTA

En mi artículo anterior, con este mismo título, intenté abordar este tema tan trascendental en la vida del cristiano: la virtud teológica a la que nos agarramos en los momentos crudos de la dificultad. Porque tenemos que reconocer que en esta vida del cristiano no es un camino de rosas, no ya en cuanto a la fe, sino a ese otro mundo, un tanto solapado, que sale a nuestro paso en muchísimas circunstancias inesperadas en el trato con los demás cristianos y no cristianos, cada uno con su personalidad y manera de ser.

Como ya he dicho más arriba, traté de escribir sobre el tema de la esperanza, pero ¡ay la literatura!, pícaro y aviesa, que nos lleva por donde ella quiere, dándonos la sensación de que somos nosotros los que manejan el cotarro.

Y claro, tuve que acabar el artículo rápidamente, y aunque este no es el caso de SIEMBRA, todo publicista tiene reservado un espacio en el periódico o la revista del que, honestamente, no se debe salir.

En estas condiciones, con estas limitaciones que nos impone el espacio y el tiempo, hice una pregunta de capital importancia, aunque no para el no creyente: ¿A qué se agarra el que muere sin esperanza?

Ya sé que hay muchos que dirán que para morir no hace falta agarrarse a nada, que es todo lo contrario; hay que ir soltando lastre para, si es posible, llegar al final lo más ligero de carga, a la que los hombres nos vamos agarrando por un afán innato en la perpetuación. Ay la perpetuación..., en los hijos, en el amor, en las obras de arte y de todo aquello que de una manera o de otra, nos ha beneficiado, sin pensar en los que iban quedando en las lindes, malheridos. Pero en fin, no nos desviemos del tema tratando de escapar por la tangente en una de esas trampas que nos tiende el pensamiento.

Cada uno vive en su mundo, es-

culpido a golpe de gumiá, en el que se desenvuelve echando raíces que le sujetan al suelo. Cuando uno se mete en estos mundos individualizados o colectivos, en el que la palabra de Dios no forma parte de su léxico, ni está en la lista de sus necesidades, vemos que choca frontalmente con el nuestro y preguntamos ¡Dios mío! ¿éstos también se salvan?

Ya sé que esta pregunta es una pregunta cruel, porque ni tú ni yo, que nos vemos como cristianos, tenemos una patente que nos va a meter en el cielo de un empujón. Y digo, Dios no está en la lista de éstos individuos, pero éstos individuos sí están en la lista de Dios.

¿Qué está ocurriendo en el corazón del ateo a medida que se acerca el óbito? ¿Qué piensan en ese devenir de los días que ven que su vida, buena o mala, se les escapa como el agua por entre los dedos de las manos? Y este es un pensamiento demoledor, porque la esperanza es un sentimiento de fe a las promesas de Dios, y en eso estriba toda esperanza. Y que deja en el hombre descreído un vacío espiritual que va a llenar con dudas y con angustias y casi siempre, con la ausencia de la paz que pone su alma al borde de una sima de incertidumbres y de caos anímico.

Yo creo, y puedo estar equivocando, que todos los que presumen de agnosticismo no son tan ateos como dicen. Si hurgamos en su conciencia y observamos la manera de deslizarse por la vida, aunque solo sea por el rabillo del ojo, vemos que todos estos seres creen en algo con lo que tratan de cubrir ese vacío de la fe. Todos ellos, principalmente los naturalistas y no pocos investigadores, tienen que reconocer, que en la naturaleza que les rodea, hay un poder que hace que la primavera llegue a su tiempo y con ella todo ese despertar maravilloso de los bos-

ques, de los montes..., y sin elevarnos a tanta altura, de ese rosal, pequeño y efusivo, que tenemos en casa y que nos da sus capullos y sus rosas. Y en ese rosal que cumple la voluntad del Creador, ahí digo, está Dios. Pero hemos tocado la fibra sensible del ateo: la palabra Dios. Y esta palabra es la que les molesta.

Si todos los seres humanos tienen alguna esperanza, es una esperanza que emana de sus propias ideas, que por desgracia, suelen estar vacías de contenido religioso.

Todos ellos sufren una reacción ante el enorme potencial de la tierra y de ese resurgir y se siente "devotos" de esa explosión del árbol, de la hierba, de la corriente del agua que riega sus campos; en el aleluya de la mañana, en la potencia aterradora del trueno, en la línea letal y sinuosa del relámpago, de tantas que pueden conmovir el corazón del hombre.

Cuando tú sientes esa atracción, al margen de Dios, cuando te quedas embocado mirando cómo la rama del árbol se extiende como buscando un infinito, que hay algo poderoso que desbanca el potencial humano, cuando tu lengua canta toda la magnificencia del planeta, sin proponértelo, estás hablando de Dios.

### Soneto

*Qué voz, Señor, me llega hasta el oído  
y se fabrica en él su donosura,  
qué voz azul, cargada de hermosura,  
me deja el corazón estremecido.*

*Qué voz de amar, de amor que no he sentido,  
se acerca retozando y me murmura,  
que amor que no ha sufrido no perdura,  
en este pobre corazón vencido.*

*Qué me suena del viento, qué del día,  
qué da mi desazón a mi templanza,  
que casi estoy llorando de alegría.*

*Qué borrasca de amor me desafía,  
que estoy lleno de amar y a mi esperanza,  
es mi sueño de amor el que la guía.*